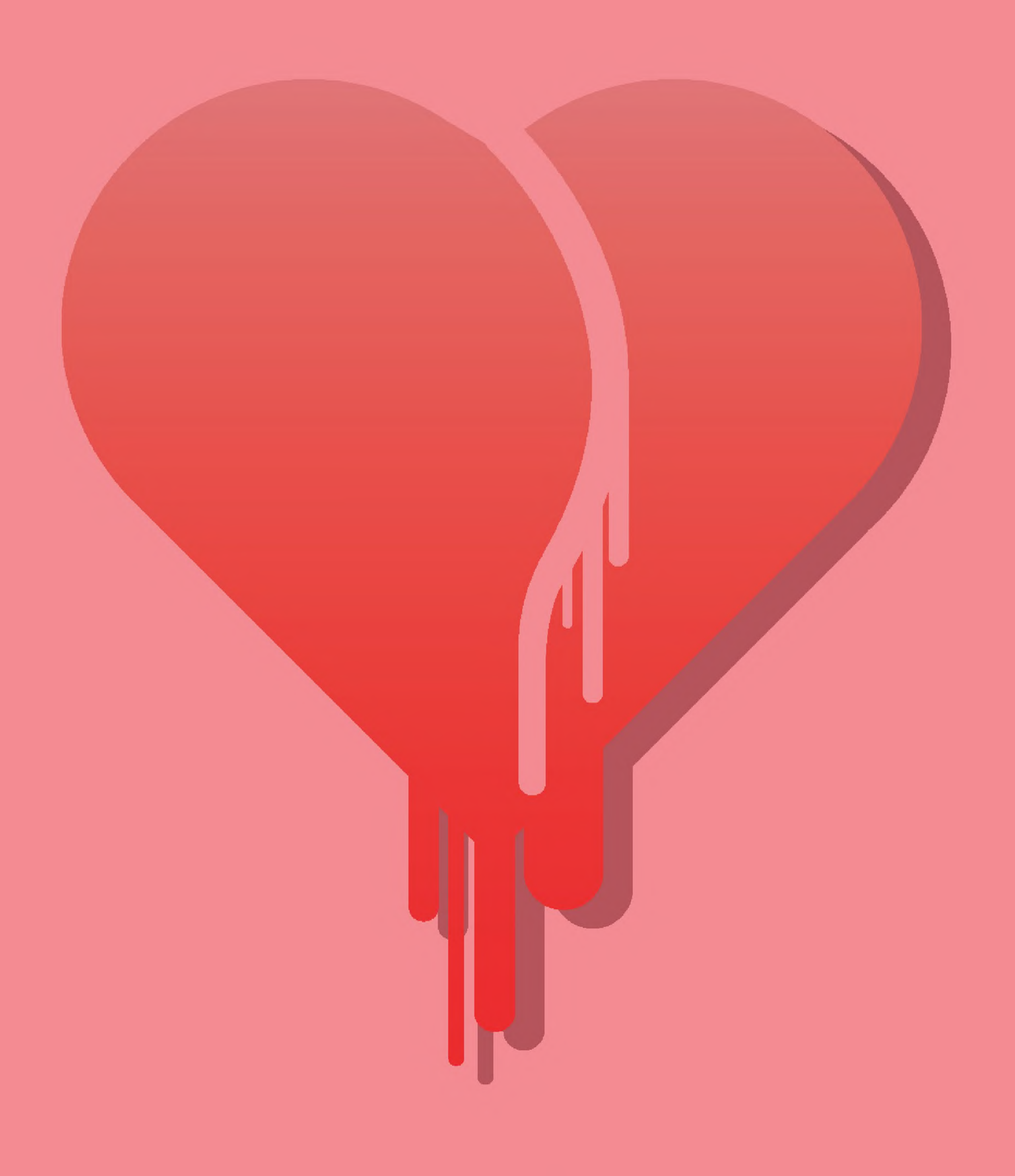
EDUCACION SEXUAL 1

sexo y amor



Página/12

PREGUNTAS FRECUENTES / RESPUESTAS CLARAS



RESPONDE
DR. EMILIANO
GALENDE

Médico psicoanalista, docente universitario e investigador. Es director del doctorado en Salud Mental Comunitaria de la Universidad Nacional de Lanús. Ha publicado numerosos ensayos y artículos sobre la cultura y la subjetividad. Es autor de *Psiquiatría y sociedad* (1975), *Psicoanálisis y salud mental* (1989), *Historia y repetición* (1992), *De un horizonte incierto* (1997), *El sufrimiento mental* (2006) y *Sexo y amor* donde se hallan desarrolladas las ideas que se exponen en este fascículo.

¿Por qué resulta más difícil que antes sostener y profundizar una relación amorosa?

Pensemos lo siguiente: hace 50 años el proceso era así: dos personas se miraban, trataban de averiguar quiénes eran, se cruzaban en alguna reunión social, esperaban el momento oportuno para preguntarse los nombres, luego los gustos, llegaba la declaración formal hasta que finalmente eran presentadas las respectivas familias. Luego de muchos rodeos comenzaba un noviazgo después del cual, generalmente luego de la boda, se producía el encuentro sexual. La unión y la continuidad, en esa instancia, estaba comprometida socialmente.

Ahora es exactamente al revés: comienza con un cruce de miradas que deriva probablemente en un encuentro sexual. Y luego, en algunos casos, llega la pregunta por el nombre, los gustos, etc. En esta instancia cada integrante puede encontrarse con detalles o cuestiones que no le interesan, no le agradan. No hay una orden social que obligue a seguir juntos, a seguir intentando. Y es muy difícil mantener el interés cuando no se ha dado tiempo para ver las demás cosas que llamarían a un próximo encuentro. La intimidad se produce necesariamente con el paso del tiempo, con cierta demora.

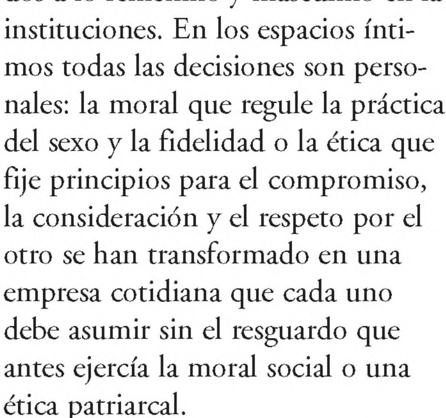
dirección general: Hugo Soriani
edición y entrevistas: Liliana Viola
rumbo de diseño: Alejandro Ros
image research + diseño: Juliana Rosato
ilustraciones: Leandro Salvati
coordinación general: Víctor Vigo

Educación sexual-1a ed.- Buenos Aires: La Página, 2006
16p.; 28x20cm.
ISBN 987-503-430-4
1. Educación sexual.
CDD 613.907 1
Fecha de catalogación: 21/09/2006
Impreso en Kollor Press S.A. en setiembre de 2006

La guerra de los sexos



Se conoce como guerra de los sexos a las formas actuales de enfrentamiento por el poder y la dominación entre hombres y mujeres, y que tiene como escenario principal la intimidad, las relaciones de pareja, tanto las más formales como las que no implican convivencia. Tal vez sea la única guerra que puede ser considerada con optimismo ya que se dirige hacia la fundación de nuevas relaciones más racionales e igualitarias. Pero en este momento, lo cierto es que afecta el interior mismo de la vida, las relaciones cotidianas del amor, la relación con el otro en el trabajo, los vínculos de amistad, la relación con la reproducción y el trato con los hijos. Esta tensión violenta las identidades de hombre y de mujer, redefine sus papeles en las relaciones de amor y sexo. Para algunos y por momentos el único refugio parece ser la añoranza por los retornos a los viejos moldes de la familia patriarcal. Lo cierto es que ya nada se da "naturalmente" en las funciones y valores asignados a lo femenino y masculino en la esfera social y en la vida de las instituciones. En los espacios íntimos todas las decisiones son personales: la moral que regule la práctica del sexo y la fidelidad o la ética que fije principios para el compromiso, la consideración y el respeto por el otro se han transformado en una empresa cotidiana que cada uno debe asumir sin el resguardo que antes ejercía la moral social o una ética patriarcal.



Obviamente, estos cambios en la cultura sobre las conductas amorosas y sexuales no son un tejido homogéneo que abarque a todos por igual, no todos seguimos el mismo modelo. La característica, es más bien, la diversidad y la heterogeneidad. Pero a todos nos llega un nuevo discurso sobre las relaciones de género, presente en los medios masivos. Este discurso está logrando cierta hegemonía y hace entonces de referente universal para que cada uno deba medir y reflexionar sobre sus propias actitudes frente a las relaciones entre los sexos y la propia experiencia del sexo.

Los nuevos miedos

En muchas de estas relaciones desaparecen los rituales clásicos del cortejo y la seducción, lo formal y lo tierno. Las promesas de compromiso se atenúan, los viejos ideales románticos del amor y la pasión sexual no se presentan, y ambos, mujeres y hombres, se ven enfrentados a una nueva situación de ansiedad. ¿Puedo revelar mi deseo? ¿Seré capaz de responder a su expectativa sexual? ¿Cómo seré evaluado frente a su experiencia anterior? Crece la ansiedad en relación al rendimiento, el valor de la experiencia y el saber sobre el sexo que tiene el otro. Además, en esta nueva cultura en la que ser joven, estar en forma, defender la imagen de sí mismo como reducto del poder, muchos de los viejos sentimientos de inferioridad, inseguridad sobre la posibilidad de satisfacer al otro, que preocupaban a los adolescentes, se han extendido a la edad adulta. Incluidos los más mayores, dado que las relaciones de sexo y amor han extendido sus ámbitos a todas las generaciones que ven modificadas las rutinas cotidianas que antes se asignaban a su edad biológica.

¿Hasta que la muerte nos separe?

¿Por qué las relaciones amorosas se han vuelto más inestables?

En gran parte, porque la identidad sexual de hombres y mujeres, y también sus comportamientos sexuales, se habían basado hasta ahora en una idea particular de mujer, que se ha modificado. Me refiero a la separación moderna entre mujer sagrada (madre, esposa, hermana) y mujer profana (prostituta o amante). Estaba tácitamente acordado que una mujer sostenía la familia mientras que otra daba al hombre el placer sexual. Esta separación ha entrado en crisis y tiende a disolverse. Y la disolución es responsable, por ejemplo, de la expectativa de satisfacción sexual que todas las mujeres sienten y esgrimen hoy como legítima y que a su vez tiene tan confundidos a los hombres. Los matrimonios se han vuelto más inestables porque se hallan sometidos a nuevas demandas de sexo y amor, de parte de ambos miembros de la pareja. No sólo las mujeres exigen, los hombres también. Las uniones están sometidas a condiciones de reconocimiento mutuo e igualdad que conmocionan especialmente la identidad masculina tradicional.

¿El sexo y el amor ya no implican continuidad?

Sexo y amor se liberan progresivamente de su constreñimiento al matrimonio, al parentesco, a lo formal y a la reproducción. No caben dudas acerca de que el sexo y la vida erótica están saliendo en gran parte del espacio mágico y tenebroso en el que la modernidad trataba de ocultarlos. Los cambios en los comportamientos sexuales obedecen a cambios profundos en la vida emocional y en sus representaciones y significaciones inconscientes sobre el sexo, lo cual impacta la vida consciente, la desarticula, genera esfuerzos reactivos de control, se agota frecuentemente en defensas obsesivas de evitación o dominio del otro. Si creemos que solamente los rasgos de una razón libertaria en la conciencia de las mujeres puede explicar esta transformación, se corre el peligro de dejar en la ignorancia el profundo trastrocamiento que se ha producido en la vida subjetiva de todos, hombres y mujeres, en las maneras de relacionarse con las funciones simbólicas de padre y madre, en los modos de reproducción humana y de crianza, y en los nuevos marcos de construcción de la identidad sexual.

¿Esto era el famoso amor libre?

Que el amor y la sexualidad rompan sus viejas regulaciones no es un triunfo de lo que en los sesenta llamábamos amor libre, y que está más cerca del ideal femenino del amor romántico o de una igualdad entre hombres y mujeres. Creo que ahora ocurre otra cosa: la sexualidad actual está rompiendo con la regulación tradicional impartida por el patriarcado (el matrimonio), con el ordenamiento de las identidades, con las diferencias de género y avanza contra las fronteras que la moral y el control social habían puesto sobre ellas. Tenemos más libertad, dependemos mucho menos de lo que el control social dictamina, somos más autónomos, y también hemos ganado en angustia y ansiedad. Porque todos se sienten más vulnerables psíquica y moralmente ya que saben que no cuentan con el resguardo que implicaban las rutinas del noviazgo y el matrimonio. Ahora saben que deben aceptar las contradicciones en casi todas las decisiones amorosas, con sus efectos de placer y sufrimiento y saben también que están obligados a dimensionar la necesidad del otro.



¿Mayor libertad, mayor igualdad= mayor placer?

Lo cierto es que no hemos llegado a un mundo pacífico y armonioso donde todos gozan. Los cambios están produciendo fracturas muy hondas en la vida de hombres y mujeres, que hacen a estas nuevas relaciones inestables, en ocasiones violentas, con formas de dependencia en las que la tensión agresiva es señal de un narcisismo crispado. Por el momento, las consecuencias son sacudones violentos entre el placer y el dolor al enfrentarse a la propia imagen de sí.

¿Cuándo comenzó a cambiar la concepción de amor y sexualidad?

A partir de la década del sesenta, y en términos muy amplios, el feminismo comenzó a develar los valores que regulan la intimidad de los vínculos entre mujeres y hombres. El poder patriarcal de los hombres en la pareja amorosa y sexual se convirtió en el centro de las indagaciones sociológicas, psicológicas, antropológicas y también en el terreno de las luchas por la liberación de la mujer. A partir de entonces se admite que el orden legal y jurídico sostenía estos funcionamientos, que además eran la matriz de las significaciones culturales de las identidades sexuales. El movimiento de las mujeres no interviene desde la política y el Estado, esfera que siempre ha estado en manos de los hombres; este movimiento surge de la esfera misma de la intimidad de los vínculos familiares, de la denuncia del abuso y la dominación. Podemos decir que este cambio que lleva casi medio siglo de proceso llega a partir de muchos hechos convergentes: las posibilidades de anticoncepción, la maternidad asumida y el derecho al aborto, la decisión personal acerca del embarazo, la autonomía de la reproducción respecto de los condicionamientos biológicos de la relación con un hombre. Asistimos a un nuevo imaginario sobre la maternidad y con él a un nuevo lugar del hombre y la mujer en las uniones.



antes

vida sexual

Tradicionalmente, la vida sexual solía tener dos escenarios posibles… .O tres. El del matrimonio, el de las amantes clandestinas y las prostitutas (relaciones éstas que el imaginario siempre tendió a reunir en un mismo escenario a pesar de las diferencias evidentes). El tercero es el de las relaciones homosexuales, siempre censuradas, ocasionales, encubiertas y calificadas de perversas y antinaturales.

saber sexual

La dominación y el saber sobre el sexo le pertenecían a él; eran atribuidos por naturaleza a su identidad de hombre. Y en todo caso, el arte erótico y el saber sexual eran patrimonio de prostitutas.

el deseo

Para las mujeres, el deseo sexual y la vida emocional parecieron siempre confinados a construir la relación de amor con el hombre y los hijos. El goce de su sexualidad dependió en gran parte del deseo masculino de hacerla gozar, y quedó enmarcado por la moral masculina de la sexualidad.

imagen ideal

Las mujeres siempre admiraron en los hombres su independencia de las madres. La masculinidad depende de esto: para ser hombre hay que renegar del niño demandante del amor materno. Idealizaron al independiente y exitoso pero sabiendo que ese núcleo demandante era un recurso para su seducción. Las necesidades del hombre de amor y ternura, de dependencia sexual de la mujer, fueron el cordón del que las mujeres se valieron para la conquista y la permanencia de la relación.

identidad

El poder de los hombres en la vida social contó con la complicidad de las mujeres, sobre todo de las que asumieron aquello de “la ciudad para ti, la casa para mí”. La atadura emocional de la mujer a la casa y a la maternidad, que a la vez la convirtió en la retaguardia emocional y afectiva de los hombres, sostuvo sus ambiciones sociales y económicas a lo largo de toda la modernidad.

¿santa o profana?



Lo sagrado de la mujer fue siempre el gran recurso para dominarla. Los hombres se han ocupado siempre de vigilar y proteger a la mujer-madre-pura-casta.

ahora

Estos tres escenarios están borrando sus diferencias. Las expectativas del placer y la satisfacción sexual –antes clandestina– es ahora también la expectativa en toda relación, sobre todo por parte de las mujeres. Los encuentros ocasionales, puramente sexuales y sin otro compromiso de continuidad que caracterizaron las relaciones homosexuales, en gran parte como efecto de la censura y represión social a que han estado sometidas, son actualmente rasgos de la vida sexual de hombres y mujeres heterosexuales.

Que ahora la mujer tenga autonomía en sus elecciones eróticas, que muestre interés en el rendimiento sexual de su compañero, que ella goce del otro y que no sea el goce de él hacerla gozar suele violentar la identidad del hombre. Los hombres que siempre creyeron que el placer de la mujer consistía en que ellos la hicieran gozar con su fuerza activa masculina, no toleran el nuevo escenario donde la mujer es la que sabe lo que quiere y exige el goce.

El pudor, la timidez, el recato, la vergüenza ante el deseo sexual, el miedo al fracaso sexual, al abandono, al engaño, dejaron de ser patrimonio de las mujeres para repartirse más equitativamente entre todos.

Ese cordón se ha roto; la desconfianza tiende a invadir todas las relaciones. El compromiso y la dependencia emocional afectiva son hoy temas de tensas negociaciones entre hombres y mujeres que si bien no resignan sus necesidades de ternura, amor y satisfacción sexual, deben definir un nuevo marco de seguridad para la experiencia compartida.

Nada se da naturalmente, todo tiene que ser negociado en el interior de cada pareja: la práctica del sexo, los deseos de maternidad y descendencia, las tareas del hogar, el cuidado de los chicos, la economía doméstica, los derechos individuales, el respeto por la autonomía de cada uno.



La nueva figura de la mujer profana los deja desnudos frente al deseo. Deben responder sólo desde su propio deseo, y esto nunca fue un hábito entre los hombres.

Reconocer los sufrimientos que conllevan estos procesos de transformación de la vida emocional puede ayudarnos a generar mayor conciencia de los dolores que sufrimos y de los que generamos en el otro.



NO SE TRATA SIMPLEMENTE DE QUE CUIDAN SU APARIENCIA PARA PARECERSE A LAS MODELOS. LA MUJER ABANDONA EL MODELO DE AMA DE CASA Y MADRE Y ADOPTA UNO NUEVO. LAS MODELOS REPRESENTAN LAS IMÁGENES ANHELADAS DE LA LIBERACIÓN SEXUAL: SER GUSTABLE E INDEPENDIENTE.

¿Cuál es el cambio más visible en la vida sexual de las mujeres?

Que abandonaron activamente el placer narcisista de ser elegidas para afirmar su deseo de también ellas elegir. Algunas decidieron tener amantes, aceptar relaciones de sexo sin amor y sin compromiso, posicionándose activamente en la seducción y la conquista como hasta el momento sólo lo hacían los hombres.

¿Ya no les interesa tener una pareja estable?

Creo que no se trata de que las mujeres se hayan decidido a elegir relaciones ocasionales, esporádicas, sin compromiso, sin importarles el amor disociando el sexo del amor. Creo que han aceptado asumir las consecuencias de romper con el dominio y el control de su sexualidad por el hombre, y se han propuesto apartar los imperativos de la moral masculina que impuso amplias restricciones a su vida amorosa y sexual.

¿Para ser mujer hay que ser menos mujer?

El crecimiento de los valores de igualdad no tiene por qué abolir las diferencias de las identidades sexuales. En todo caso, habrá que rescatarlas de sus valoraciones patriarcales, lo cual requiere de hombres y mujeres un cambio subjetivo acerca de sus comportamientos sobre el sexo. El problema de la igualdad como sujetos se juega en la esfera social tanto como en las relaciones de pareja. Pero las relaciones entre lo femenino y masculino tienen otro orden de significación, pertenecen a los juegos del deseo y la seducción. Las diferencias hacen a la posibilidad de amor y de sexo entre hombres y mujeres. Es deseable que la igualdad de la mujer en todos los órdenes no la obligue a resignar los valores de la feminidad. El poder de la seducción femenina no debería doblegarse al poder jerárquico en la vida social. Es un poder que los hombres han construido excluyendo todo reconocimiento de las marcas de sexo y del amor femenino.

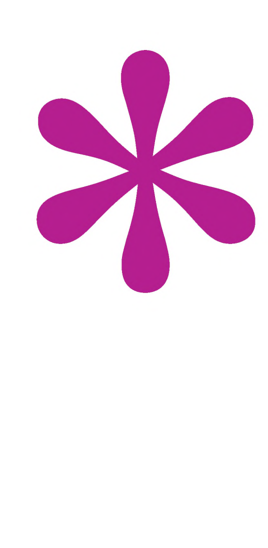
¿Cómo viven estos cambios las parejas del mismo sexo?

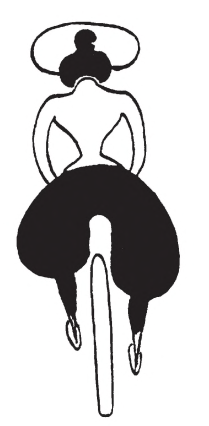
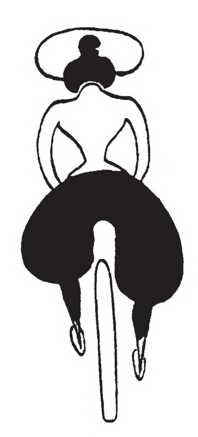
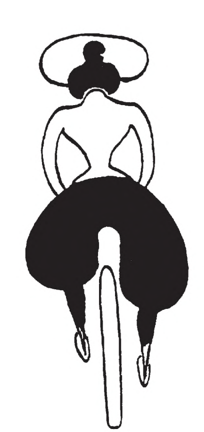
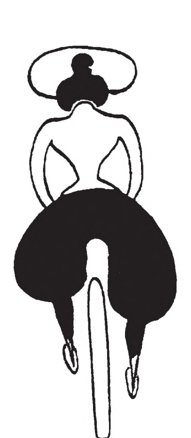
Las uniones entre personas del mismo sexo resultan menos conflictivas en este aspecto ya que no se da en ellas esta tensión de género de la que estamos hablando. Estos amores han tenido que cargar con el estigma de tener que vivir a escondidas y en la medida en que las sociedades van aceptando la posibilidad de más elasticidad en las ideas sobre las relaciones, y sobre todo la ampliación del concepto de familila, libera de presiones externas a este tipo de uniones.

¿Qué hacer con la feminidad en el camino hacia la igualdad?

Lo que las mujeres logran cuando se aferran a ser reconocidas doblemente como sujetos iguales y como mujeres es reintroducir en la vida pública y privada lo que el orden patriarcal de la sociedad había excluido: la racionalidad de los intercambios sociales, culturales y económicos debe hacerse entre individuos sexuados, los juegos de poder y los juegos de deseo deben reconocerse a un mismo tiempo. Por primera vez en la historia las mujeres no tienen que disfrazarse de hombres para ser aceptadas.

(Para las mujeres no será posible lograr una libertad sexual efectiva sin alterar la fijación de lo femenino a la maternidad. El énfasis en lo tierno de la mujer, en su sensibilidad para el cuidado de los otros, en la continencia emocional del hombre, en su disposición para el amor, fue siempre el gran recurso para su dominio.)





SER HOMBRES HOY

¿En qué consiste la crisis de la masculinidad?

Tradicionalmente la identidad social de los hombres se configuró en relación con los otros hombres, en relación con el trabajo, el poder económico, posición social y secundariamente en relación con el matrimonio e hijos. En la mujer era al revés. Esta estructuración de la identidad es la que está cambiando. Obviamente no son cambios aislados. Nada puede cambiar sin que a la vez cambie la estructura global de la intimidad y con ello la posición subjetiva de todos.
Las mujeres han logrado correr la cortina de engaños y apariencias con que los hombres ocultaban la fragilidad de la identidad masculina. Por primera vez en siglos se problematiza la masculinidad y los hombres están confundidos acerca de los valores de su propia identidad.

¿Los hombres preferían las cosas como estaban?

Tampoco ellos estaban conformes con los valores del matrimonio tradicional, pero lo soportaban mejor porque estaban hechos a la medida de los significados de masculinidad y de los valores de su dominación. La duplicidad de la vida amorosa (amantes y prostitutas) los ayudaron a defender el matrimonio como preservación de la pureza de la mujer madre. Los hombres también alimentaron el amor romántico, anhelo que siempre persiguieron las mujeres, pero nunca pudieron sustraerlo del engaño, el aprovechamiento sexual, la vacilación y el abandono final. Porque siempre este amor puro los enfrentó a la disolución entre mujer pura y mujer libre.

¿Tienen miedo de ser "menos hombres"?

Los hombres siempre han tenido dificultades con la feminidad, no sólo con la de las mujeres, sino con el componente femenino de su sexualidad. El homosexual denominado pasivo por una supuesta posición femenina en el comportamiento sexual ha sido siempre objeto de burla porque se deja dominar sexualmente por otro. Habitualmente el insulto entre hombres suele ser el de marica o mujer. La repulsa frente a la homosexualidad esconde siempre este rechazo de lo femenino. Si la peor de las humillaciones que se le puede hacer a un hombre es tratarlo de mujer, es clara la valoración de lo femenino. Se hace evidente aquí que la identidad masculina necesita de estas constantes afirmaciones para sostenerse.

¿Cuál es el modelo masculino que queda atrás?

La retórica propia del amor romántico propagó un estilo de enamoramiento liderado por la figura del hombre seductor cuyo paradigma es el Don Juan. Este tipo de hombre ha sabido situarse en el lugar imaginario del ideal de las mujeres, para utilizarlo luego en la conquista. Estas figuraciones del Don Juan experto en la conquista son más evidentes que nunca pero bajo formas decadentes. Seducen, en ocasiones compulsivamente, para lograr de la mujer una dependencia emocional de la que ellos mismos sufren y tratan de liberarse. Quieren librarse del antiguo machismo pero con el secreto propósito de vengarse y hacer sufrir a la mujer por su liberación. La dependencia emocional de la mujer es un rasgo decisivo en la vida afectiva y emocional del hombre, es el rasgo sobre el que se construyen imaginariamente todos los ideales de la masculinidad. Ya sea porque reactivamente se construyan conductas machistas para afirmar su dominio, ya sea para renegar de ellas asumiendo las bizarrías del hombre solo, ya sea para un ir y venir constante con este objeto deseado prohibido y amenazante.

¿Cómo reaccionan?

Se muestran desorientados. Perciben que cambiaron los códigos de conquista y seducción y se sienten temerosos de cualquier demanda. Muchos reaccionan con violencia contra la mujer que aman; otros se dedican al reproche, culpándola por la inestabilidad en que viven. Algunos ensayan venganzas, en general por el lado del dinero o el abandono premeditado, otros aprovechan de la libertad del sexo y se disponen a pasar el momento, están los que renuncian al amor porque no soportan la desconfianza y el miedo; otros transforman su vida amorosa y sexual en escaramuzas de guerra, estrategias basadas en la corta duración y en la capacidad de retirada; otros buscan refugio en los antiguos amores y en las antiguas rutinas del retiro voluntario, en general resentidos e idealmente unidos a la ruinas del amor romántico. Y están también aquellos que, según creo, en número creciente, han comprendido en qué consiste la nueva situación de las relaciones igualitarias y libres. Hay muchos hombres dispuestos a vivir el amor y el sexo en un marco de reconocimiento e igualdad. Los cambios se dan en todos los órdenes: cada vez más hombres se muestran no dispuestos a sostener las posiciones tradicionales de trabajar, proveer a la economía familiar, cuidar y proteger, así como también, menos interesados en engañar a su mujer con la figura tradicional de la amante.

¿Qué sienten ellos ante esta nueva imagen de mujer?

Sienten que deben renunciar a los valores narcisísticos de ser únicos para la mujer que aman, se saben objeto de comparación con otros tal vez más jóvenes, perciben que la sexualidad de ella es más libre de la que pueden aceptar. Las preguntas son: ¿cómo asumir el compromiso y la pasión con alguien que no renuncia a su libertad y que puede comportarse como yo, es decir, engañando a otro?

¿A qué nuevas exigencias se exponen ellos?

Su sexualidad se ve expuesta al rendimiento que la mujer exige como condición para la continuidad de la pareja, saben que nada está asegurado y que su vida emocional ya no cuenta con el resguardo materno de la mujer en el hogar.
En sus cuerpos se nota esta exigencia: obligados a mantenerse en forma para adecuarse a las posibilidades que ofrecen el sexo y el amor, intentan aferrarse a una juventud que ha pasado a ser condición de pertenencia para los encuentros amorosos. Se sienten exigidos a la prueba de rendimiento sexual para lograr mantener sus conquistas, y a su vez muestran las mayores tasas de diversas patologías: estrés, fatiga, son clientes habituales de los sexólogos en busca de potencia, víctimas de enfermedades de tensión emocional.

¿El amor ya no importa?

El amor no se resigna, ni en los hombres ni en las mujeres, se lo busca en estas nuevas condiciones, a veces secretamente se lo espera detrás de la rebeldía, se ansía encontrarlo, pero ahora se duda profundamente sobre las formas que adopta en la experiencia. Y en cierto modo se sabe y resulta dificil negarlo, que las formas culturales y sociales de la relación entre hombres y mujeres, sus relaciones de fuerza, no pueden suspenderse fácilmente en la experiencia personal del amor.

¿Está menos idealizado que antes?

La idealización del amor, lugar donde se pondría en suspenso la tensión entre los sexos, es el señuelo con el cual los hombres ejercieron su poder de dominación. Nada garantiza porque esto es lo que cotidianamente muestra la experiencia de las mujeres, que entregadas al amor ideal, retorne bajo distintas formas la visión masculina de la relación amorosa: la dependencia, la espera, la frustración, el engaño, la humillación, las señales de la asimetría de posición y de poder.

¿No hay camino de regreso al amor romántico?

¿Por qué idealizar el amor romántico y no pensar que con los sufrimientos que acarrea, estamos frente al desnudamiento de su realidad y también frente a la posicion de fundar nuevas opciones de relación de amor y sexo? Antonhy Giddens se pregunta: ¿Por qué no puede ser sexy un hombre bueno y por qué no puede ser bueno un hombre sexy? El psicoanálisis de Freud respondía a esta pregunta señalando que el hombre, para la mujer, está ubicado siempre en la dicotomía de un macho-padre autoritario que domina, y a la vez un padre bueno del que esperan que las ame y las proteja. Difíciles de sintetizar estas dos dimensiones: entre el atractivo sexual del hombre valiente, musculoso, conquistador de mujeres, inteligente y con poder, y aquel de la ternura, el cuidado y la protección, no hay dialéctica posible. Esto es lo que se ha puesto en juego.

Ambos tienen que definir qué es para cada uno un hombre y una mujer. Y esta amenaza no se limita a su poder doméstico, avanza sobre los ámbitos tradicionales en los que el hombre moderno ejerció plenamente su poder patriarcal. Vale escuchar lo que los hombres suelen decir de sus compañeras de trabajo, de empresa, de la universidad. La fractura de su subjetividad está llena de un resentimiento que no pueden atenuar.

Dime cómo lo llamas...

En general, las mujeres mayores hablan de novio, pareja o matrimonio. Las más jóvenes suelen hablar de relación para nombrar sus vínculos amorosos. El sociólogo Giddens elaboró el concepto de "pura relación" para designar a este reemplazo del matrimonio tradicional como forma de relación de pareja. El matrimonio articula la expectativas de amor, sexo, ternura compañía, seguridad, estabilidad, realización de la maternidad, formalización jurídica de la economía. La "pura relación" descompone estos elementos, los diferencia, los separa. El sexo no implica necesariamente reclamo de ternura ni compromiso de permanencia o continuidad. El amor no obliga a quien lo siente a comprometerse en las necesidades de compañía o seguridad de su pareja. La realización de la maternidad no asegura la formación jurídica de la familia, aun cuando se trate de hijos reconocidos por ambos, las condiciones de crianza se deben consensuar.

Ni la censura social ni la valoración de la familia tradicional contienen la decisión de divorciarse que ahora se juega en el espacio solitario. Cuando luego llega el momento de recomponer la vida afectiva, los segundos compromisos, la idea de familia y todo lo que la rodea valorativamente (el parentesco natural con los hijos, padres y suegros) se suelen reemplazar por la idea de pareja. Cuando se da la convivencia donde los hijos pertenecen a matrimonios anteriores, los participantes se ven obligados a redefinir los parentescos que ya no son naturales y desprendidos de la paternidad y maternidad. La confianza, la intimidad, la solidaridad, la dedicación y el cuidado del otro, la pareja, los hijos de ella o de él, el sostén económico deben lograrse por acuerdos que ya no se desprenden de las nociones naturales de parentesco ni de las obligaciones parentales. La confianza que antes surgía del vínculo natural ahora debe ganarse en la interacción. Más despojados de la ética social y de la moral en cuanto a lo que éstas brindaban respecto de los marcos adecuados para las relaciones de amor y de sexo en la pareja, la regulación de los comportamientos en el matrimonio, las relaciones con los hijos, las obligaciones con los parientes, sobre todo los viejos. Estamos más librados a una ética personal, a la propia y la del otro, que sólo se regula por los principios de confianza y solidaridad.



El auge de la pornografía

Por un lado debemos decir que la mercantilización de los placeres humanos es un rasgo de la época; el sexo es uno más. Desde la comida al ejercicio físico, los placeres han sido mercantilizados. Hay industrias que producen el objeto o el momento para cada satisfacción. Igual, no debemos considerar como casual que la pornografía haya encontrado su mayor expansión justamente cuando la vida afectiva de los hombres se problematiza caracterizándose por la baja emoción, el aislamiento, la indiferencia hacia el amor, y a la vez una alta intensidad erótica. Las imagenes de la pornografía muestran una sexualidad más cruda, es decir, no incluyen ninguna historia de encuentros previos, jamás hay rituales de seducción o de conquista.

¿A qué fantasías alude la pornografía?

En las producciones dedicadas al mundo heterosexual, se apela a la fantasía de la mujer como puro objeto erótico del deseo sexual del hombre, éste cumple en satisfacerla sin emoción ni encanto. El goce que se representa es el de la mujer, el hombre está impasible y es evidente que si goza es haciendo que goce ella.

¿El avance de la pornografía es proporcional a la retirada del amor?

Creo que lo inquietante de la difusión de la pornografía, o mejor dicho del crecimiento del anhelo de consumirla por parte de los hombres, es que indica un repliegue sobre las cualidades desnudas del sexo autoerótico desprendido del amor y del erotismo y de toda referencia a un otro de reconocimiento y respeto. Tanto el amor como el erotismo tienden a atenuarse en las relaciones de pareja actual, reemplazados por estas formas autoeróticas, figurativas, en las que se trata de no perder aquello que se quiere del objeto. Esta suspensión del otro, este poder sustituirlo a voluntad, este reemplazo por un objeto o imagen capaz de producir la satisfacción, es lo que debería inquietarnos en relación con el mayor consumo de pornografía.



¿Quiénes sufen más?

La generación que hoy tiene entre 40 y 60 años cuenta con múltiples heridas y fracasos que condicionan sus comportamientos. Las generaciones más jóvenes se hallan dispuestas a comportamientos más igualitarios y libres. Mientras para los mayores significa dolor, esfuerzo y contrariedad el admitir la negociación en las relaciones, los jóvenes lo toman con mayor espontaneidad. Los fantasmas de la continuidad, la permanencia, el compromiso, la estabilidad, la seguridad, la fidelidad, no se fueron, pero juegan en un espacio de mayor aceptación de la precariedad de la vida amorosa y la fugacidad y contingencia del objeto de la satisfacción sexual. Si bien esto siempre había estado, el matrimonio formal impidió siempre su reconocimiento. Las relaciones de los más jóvenes son más sinceras, menos sometidas al engaño que caracterizó la vida amorosa de los mayores, quienes dejaron de ser modelos de experiencia o saber. En una sociedad que tiene escasos horizontes para su realización personal, los jóvenes no renuncian al amor ni al sexo compartido, aun cuando tampoco se muestran dispuestos a aceptar los ocultamientos y distorsiones del amor formal del matrimonio. Aun cuando aspiran al casamiento, trasladan a éste los valores de las relaciones espontáneas.

¿Por qué aumenta la violencia sexual?

No es una conducta nueva; da la sensación de que se ha incrementado porque tomó la figura de "violencia familiar", "abuso sexual", "acoso sexual". Lo que sí es nuevo es que como conducta social está ingresando a los servicios de atención de salud mental y genera nuevos ordenamientos legales sobre la violencia conyugal a fin de reprimirla.

Muchos de estos casos revelan que un antecedente inmediato es la crisis de los valores identitarios –desempleo, mujer que sostiene el hogar, tener que ocuparse de tareas domésticas– y que las conductas violentas encuentran argumentos en las acusaciones de prostitución, reproches por supuesta infidelidad, imputación de engaños respecto de su sexualidad. Pero vale recordar que la violación estuvo siempre vinculada a prácticas institucionales del poder del hombre sobre la mujer indefensa: policías sobre prostitutas, soldados sobre prisioneras de guerra. Era una exacerbación de un rasgo de conducta que existió siempre como componente natural dentro del matrimonio. Ahora no es la posición machista la que domina y se asocia con la violencia, sino la impotencia en la afirmación de sus valores, la reacción defensiva y autoafirmatoria de una identidad herida.

conceptos clave:

SEXUALIDAD

El término “sexualidad” se refiere a una dimensión fundamental del hecho de ser humano. Basada en el sexo, incluye el género, identidades de sexo y género, orientación sexual, erotismo, vínculo emocional, amor y reproducción. Se experimenta o se expresa en forma de pensamientos, fantasías, deseos, creencias, actitudes, valores, actividades, prácticas, roles y relaciones. La sexualidad es el resultado de la interacción de factores biológicos, psicológicos, socioeconómicos, culturales, éticos y religiosos o espirituales. Si bien la sexualidad puede abarcar todos estos aspectos, no es necesario que se experimenten ni se expresen todos. En resumen, la sexualidad se practica y se expresa en todo lo que somos, sentimos, pensamos y hacemos. La sexualidad se encuentra presente en toda la vida, aunque es posible que las expresiones e influencias que repercuten en la sexualidad difieran con el correr de los años. Está circunscrita por un contexto histórico y cultural concreto y, por ende, está determinada por costumbres, tradiciones y valores y ella, a su vez, repercute en éstos. Su desarrollo pleno depende de la satisfacción de las necesidades fundamentales del ser humano, tales como el deseo de contacto, intimidad, expresión emocional, placer, ternura y amor. Se refiere no solamente a las capacidades reproductivas del ser humano, sino también (y en muchas circunstancias, principalmente) al placer.

Fuente: Organización Mundial de la Salud